

« *No nos dejes caer en la tentacion.* Lo cual no significa que Dios no permita que seamos tentados; porque ¿cómo nuestra paciencia y nuestra firmeza podrá ser probada? Sino que esto quiere decir que no permita que la tentacion nos abata. Job, Abraham, José, fueron tentados, pero no cayeron en la tentacion, porque no consintieron al demonio que les tentaba.

« Finalmente nuestra oracion termina con estas palabras: *Mas líbranos de mal*: esto es, no permitais que el demonio nos tiente más allá de nuestras fuerzas; sino que, al permitir que nos tiente hacednos salir de su tentacion con una feliz victoria de ella.

« Esta oracion, que Jesucristo nos ha enseñado y prescrito, prosigue el abad Isaac, levanta algunas veces á los que se la hacen familiar, á aquella sublime oracion de acciones de gracias de que antes hablamos; oracion toda de fuego, conocida y probada por pocas personas, y que puede llamarse inefable, porque está sobre el espíritu y sentimiento de los hombres. Ella no se forma ni por el sonido de la voz, ni por el movimiento de la lengua; sino que el alma sola, esclarecida por la luz del Espíritu Santo, se dilata por una efusion y multiplicacion de movimientos y afectos, que salen de su corazon como de un abundante manantial.

« Esta oracion tan sublime es la que Jesucristo nos trazó, cuando oraba en profundo silencio, como lo hizo en el jardin en su agonía. Pero ¿quién podría referir las diferentes especies y las diferentes causas de esas inefables compunciones que inflaman el alma y le hacen formar oraciones tan ardientes y puras? Tan pronto es un versículo de algun salmo que nos pone de repente en el movimiento de una oracion toda de fuego, como es la voz de uno de nuestros hermanos, que es á la vez limpia y edificante, y que nos despierta del letargo en que nos hallábamos; ya es la sal-

modia grave y modesta, ya las conversaciones espirituales de un hombre de Dios, ó la muerte de uno de nuestros hermanos ó el recuerdo de nuestra tibieza pasada y que excita nuestros pesares.

« Esta misma compuncion encerrada en tantas maneras, ó formada por tan diversas causas en el fondo del corazon, sale tambien de él y se escapa algunas veces al exterior por los trasportes de una alegría del todo santa que nos hace lanzar gritos que no podemos contener, y que hace llegar hasta las celdas más proximas las impresiones de que nos hallamos penetrados; y otras veces, por el contrario, toda nuestra alma se abisma en un profundo silencio, ahogándonos la voz la admiracion de lo que sentimos, y conteniendo el espíritu los sentidos en suspenso y no teniendo libres más que los suspiros para llevar á Dios el fervor de sus deseos. Finalmente, se siente uno otras veces atravesado de un dolor tan vivo de compuncion, que necesita que se evapore por una gran efusion de lágrimas.

« Pero, continúa el abad Isaac, estas lágrimas no proceden siempre de un mismo movimiento. Se llora por la compuncion de que está atravesado el corazon por el recuerdo de sus pecados. Se llora á vista de los bienes venideros, y por el deseo de aquella gloria eterna que aguardamos. Se llora cuando sin ningun remordimiento de los pecados, el pensamiento del juicio terrible de Dios y de los tormentos del infierno nos sobrecoge de horror. Se llora algunas veces, no por sus propias ofensas sino por los crímenes y endurecimiento de los demás.

« Estas santas lágrimas son diferentes de aquellas lágrimas forzosas que los corazones endurecidos sacan apenas de la sequedad de sus ojos. Estas sin embargo no son infructuosas; porque trata uno de procurárselas con buen deseo. Son buenas para los que todavía no están purificados de sus vicios; pero los que han gustado ya la virtud y no tienen

impreso el amor en el corazon, deben menos tener pena por estas lágrimas sensibles que brotan al exterior, puesto que aun cuando con sus esfuerzos se las hiciera brotar en abundancia, no guardan proporcion alguna con aquella efusion de lágrimas que Dios nos da cuando le place. Hasta puede suceder que los que rueguen con estas afectaciones y esfuerzos, no hagan más que distraer y abatir su espíritu, en vez de contenerlo en la elevacion en que debe permanecer en la presencia del Señor. »

3º El abad Isaac habla despues de esto de las señales que podemos tener de que Dios ha oido nuestras oraciones : « 1º Cuando no hemos sido turbados por ninguna desconfianza ó duda, sino que hemos sentido por el contrario, por una santa confianza, que Dios nos ha oido favorablemente. 2º Algunas veces la union y el consentimiento de dos personas que oran es un medio, como dice Jesucristo, de ser oido. 3º La asiduidad en la oracion que Jesucristo llama *importunidad*, á causa de su infatigable perseverancia, es tambien oida. (Malith. 16. — Luc. 11.) 4º El Ecclesiástico nos dice que las limosnas hacen que Dios oiga nuestra oracion (Eccles. 29.) Lo mismo sucede, segun Isaias, con la reforma de las costumbres acompañada de las obras de misericordia. (Isaí. 58.) Finalmente el exceso de nuestras aflicciones, segun el real Profeta, representado al Señor con fe, le fuerza en alguna manera, por su infinita bondad, á escucharnos. » (Psal. 119.)

Por último el abad Isaac termina esta primera conferencia sobre la oracion, con una excelente explicacion de aquel lugar del evangelio : *Cuando oráreis entrad en vuestro aposento y, cerrando la puerta, orad allí á vuestro Padre.* (Matth. 6.) « Oramos, dice él, *en el secreto de nuestro aposento*, cuando, desterrando, de nuestro corazon el tumulto y ruido de nuestros pensamientos, le habremos á Dios para orarle en un profundo silencio y en una familiaridad del

todo santa. *Cerramos la puerta de nuestro aposento* cuando, teniendo la boca cerrada, ofrecemos sin ruido y sin palabras nuestras oraciones á Dios, que mira, no la lengua sino el corazon. *Oramos en secreto*, cuando con toda la aplicacion de nuestro espíritu y de nuestro corazon, descubrimos nuestras peticiones á Dios solo, sin que los mismos demonios puedan reconocer lo que le pedimos. Debemos pues orar con un profundo silencio, no solamente á fin de que no incomodemos con nuestros gritos y palabras á nuestros hermanos cuando ellos oran, sino á fin hasta de esconder el fin y la intencion de nuestra oracion á nuestros enemigos invisibles, que nos tienen más larzos en tiempo de la oracion que en los demás tiempos. »

En seguida da por último consejo el acostumbrarse á hacer oraciones cortas pero frecuentes, por miedo de que si ellas son muy largas, el demonio no encuentre tiempo de echar pensamientos y distracciones en el corazon; y llama á estas oraciones cortas, pero ardientes : « Una oblacion saludable, una ofrenda pura, un sacrificio de justicia y de alabanza, una hostia verdadera y pingüe, segun la expresion del Profeta, (Psal. 4,) el holocausto interior, y la misma médula de los huesos que se ofrece á Dios con un corazon contrito y humillado. »

Despues que el abad Isaac hubo dado á Casiano y á German estas saludables instrucciones sobre la oracion en su primera conferencia; se retiraron para celebrar el oficio de vísperas y tomar despues un poco de reposo durante la noche; pero al dia siguiente apenas amaneció le suplicaron que les entretuviese todavía más hablándole de la misma materia; lo cual formó la materia de una segunda conferencia, que es la décima en el orden que Casiano ha guardado en su obra. No entraremos en los detalles de todo lo que en ella dice el abad Isaac; sino que solamente nos detendremos en un excelente método que allí propone para facili-

tar la oracion continua, para rezar bien los salmos, y para recoger nuestro espiritu y detener su inconstancia y ligeza al orar.

El abad German le había pedido alguna máxima para hacer continua la oracion, y él le respondió que para esto era necesario acostumbrarse á meditar en sí mismo, desterrando del corazon todos los vanos pensamientos que podrian embarazarle. « Pero, añade el, él objeto que continuamente debeis proponeros para conservaros siempre en el recuerdo de Dios, es aquel versículo del salmo: *Dios mio, venid en mí ayuda; apresuraos, Señor, á socorrerme*. No sin gran razon ha sido este versículo escogido particularmente en toda la sagrada Escritura; porque es á propósito para indicar todos los afectos y las diferentes disposiciones de que es susceptible nuestra alma; y conviene admirablemente á todos los estados y á todas las tentaciones á que nos vemos expuestos en esta vida. En él se vé la invocacion de Dios contra toda clase de peligros; la humildad de una sincera confesion; la vigilancia que produce un continuo horror y temor; la consideracion de nuestra fragilidad; la esperanza oida y una confianza del todo cristiana en la bondad de Dios, siempre dispuesto á socorrernos.

« Este versículo es un muro invencible; y para servirme de los términos de la Escritura, una coraza y un escudo impenetrables para los que son atormentados de los demonios. Si uno se encuentra en la pereza, en la tristeza y en el tedio, ó dominado por el disgusto, este versículo nos da á comprender que Aquel á quien invocamos no se aparta jamás de los que con confianza acuden á él. Si nos encontramos en la alegría, nos advierte que no nos hinchemos con una felicidad que solo Dios puede conservarnos, asi como él solo es quien nos la da.

« Si soy atacado por la gula ó porque la carne se revele, ó atormentado de la tentacion del sueño o de insomni-

nos con que el demonio procure cansarme y abatirme; si me enciende la cólera, si me devora la avaricia, si pesa sobre mí la tristeza, si el mal humor me hace perder aquella dulzura que tanto amaba, ¿ qué haré yo en todos estos diferentes estados, para no sucumbir, sino esclamar: ¡ *Dios mio! Venid en mi ayuda; daos prisa en socorrerme?*

« Tan pronto la vanagloria y el orgullo tratan de levantarme, como tengo dificultad en mantenerme en los sentimientos de simplicidad y humildad cristiana; ya las distracciones me asedian por todas partes, cuando quiero orar, ya mi corazon seco y estéril no puede formar movimiento alguno de Dios; ¿ cómo salir de un estado tan triste? Mi recurso y mi fuerza es decir á Dios: *Venid en mi ayuda; apresuraos á socorrerme*.

Debemos pues tener siempre estas palabras en la boca y en el corazon, ya a fin de que la adversidad no nos abata ya para que la prosperidad no nos hinche. Acostumbrémonos á pronunciarlas y meditarlas, ya sea que trabajemos, ya que nos encontremos en nuestros ejercicios ó en viage. Que el sueño nos cierre los ojos en la consideracion de estas santos palabras; que ellas sean nuestra primera ocupacion al despertar; que ellas nos hagan, al salir de la cama, poner en tierra las rodillas y nos conduzcan despues de accion en accion durante el curso del día; que á todas horas y en todo tiempo nos acompañe por todas partes este versículo. »

De este medio que el abad Isaac propone á Casiano y German para hacerles fácil la continua oracion, pasa á una excelente manera de rezar bien los salmos, y que es de una grande instruccion, sobre todo para las personas que cantan el oficio divino. « Hay que rezarlos, no solamente como habiendo sido compuestos por el profeta sino como sí uno mismo los compusiera y ofreciese á Dios su propia oracion, ó que al menos creyésemos que esos salmos han sido hechos espresamente para nosotros en particular y que

reconociésemos que todas las verdades que están encerradas en ellos, no solamente han sido cumplidas en David, sino que se cumplen tambien y se verifican todos los dias en nuestra propia persona.

« Porque, prosigue él, nosotros comprendemos muy diferentemente la sagrada Escritura, y penetramos, por decirlo así, hasta en lo más interior y secreto que encierra, cuando nuestra propia experiencia no solamente conoce sino que hasta previene lo que dice; pasando de esta manera por el mismo movimiento y la misma impresión que hizo en otro tiempo componer un salmo, venimos á convertirnos como en autores suyos; nosotros le prevenimos más bien que le seguimos; comprendemos lo que dice más con el corazon que con el espíritu ». Finalmente el abad Isaac da por último consejo que los medios para detener bien la disipacion é inconstancia de nuestro espíritu, son principalmente la vigilia, la meditacion y la oracion: porque, dice él, la asiduidad y aplicacion continua á esos tres ejercicios colocan pronto á nuestro espíritu en una firmeza casi inquebrantable. Essin embargo necesario, prosigue él, juntar á esto el trabajo de las manos no destinandolo á nuestra avaricia, sino á los sagrados usos que de él debe hacer el monasterio; á fin de que, cercenando de esta manera todos los cuidados de la vida, dirijamos toda nuestra atencion al cumplimiento de aquella palabra de San Pablo: *Orad sin intermision.* »

SAN PEMEN Y SUS HERMANOS ¹

« Nohay, dice Tillemont, nombre más célebre en la historia de los *Padres de los Desiertos* que el de Pemen ó Pastor. » Los griegos le tributan elogios sin fin en sus *Menées*. Le llaman conciudadano de los ángeles, gefe de los solitarios y príncipe del desierto. Le comparan á un sol que brilla por sus prodigios sobre toda la tierra. Le llaman Taumaturgo. Dicen que era una lámpara de discrecion, que reunia en sí todas las virtudes, y que fué como el espejo de la divinidad por la santidad de su vida.

Capitulo I.

Pemen era egipcio y podía tener quince años cuando abandonó el siglo. Pero tenia desde entonces un tan maravilloso talento de persuadir el amor de la virtud, que sus hermanos, movidos por sus piadosas invitaciones le siguieron en su resolucion, y se hicieron con él solitarios. Eran en numero de seis, uno de los cuales de más edad que él, se llamaba Anub, Nuph, ó Nub; y otro se llamaba Payse ó Paese.

Sí es verdad, como se cree, que Pemen fué el segundo de sus hermanos, los otros debian ser muy jóvenes; y esto se deduce de algunos actos de puerilidad que al principio hicieron entre ellos, como lo observaremos pronto. Estos ejemplos de niños que entonces abrazaban la vida religiosa, no son raros. Educábanse muchos en diferentes monaste-

¹ Los Bolandistas. Tillemont, Cotelier.